

la vida; que lo suprima cuando perjudica y se contente con eso. Como nuestro poder no es el mismo que el de ese sabio, como somos experimentadores sin ser prácticos, debemos conformarnos con buscar el determinismo de los fenómenos sociales, dejando á los legisladores, á los magistrados, el cuidado de dirigir esos fenómenos, de modo que se desarrollen los buenos y se reduzcan los malos, bajo el punto de vista de la utilidad humana.

Voy á resumir el objeto de los moralistas experimentadores. Presentamos el mecanismo de lo útil y de lo perjudicial; separamos el determinismo de los fenómenos humanos y sociales, para que en su día puedan dominarse y dirigirse esos fenómenos. En una palabra, trabajamos con todo el siglo en la grande obra, que es la conquista de la naturaleza, el poder del hombre centuplicado. Véase ahora, al lado de la naturaleza, la tarea de los escritores idealistas, que se apoyan sobre lo irracional y lo sobrenatural, y que en cada uno de sus movimientos han caído en el profundo caos metafísico. Nosotros tenemos la fuerza, nosotros tenemos la moral.

IV

Lo que me ha determinado á elegir la introducción, lo he dicho ya, es que la medicina la consideran muchos todavía como un arte. Claudio Bernard prueba que debe ser una ciencia, y asistimos al nacimiento de esa ciencia, espectáculo muy instructivo por sí mismo y que nos prueba que el dominio científico se ensancha y se apodera de todas las manifestaciones del entendimiento humano. Puesto que la medicina, que era un arte, se convierte en ciencia, ¿por qué la literatura no había de llegar á ser ciencia con ayuda del método experimental?

Hay que tener en cuenta que razones no faltan para ello; que si el terreno del médico experimentador es el cuerpo del hombre en los fenómenos de sus órganos, en el estado normal y en el estado patológico, nuestro terreno también es el cuerpo del hombre, en

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO R. YES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEX

sus fenómenos cerebrales y sensitivos, en estado sano y en estado mórbido. Si no nos conformamos con el hombre metafísico de la edad clásica, debido es á las nuevas ideas que en nuestro tiempo se tienen de la naturaleza y de la vida. Continuamos fatalmente, repito, la tarea del fisiologista y del médico, que continuaron á su vez la del físico y del químico. Por ese camino entramos en la ciencia. Reservo la cuestión del sentimiento y de la forma, de la cual hablaré más adelante.

Veamos primero lo que dice Claudio Bernard sobre la medicina: «Algunos médicos piensan que la medicina no puede ser más que una ciencia de conjeturas, y concluyen que el médico es un artista que debe suplir el indeterminismo de los casos aislados, por su genio y por su tacto personal. Estas son ideas anti-científicas, contra las cuales hay que levantarse con energía, porque ellas son las que contribuyen á perjudicar á la medicina y á sostenerla en el estado en que ha permanecido tanto tiempo. Todas las ciencias han empezado necesariamente por conjeturas, y aun en el día proceden todas las ciencias por conjetura en lo desconocido. La medicina en casi todas

sus partes está sometida á la conjetura, no lo niego, pero quiero sólo decir que la ciencia moderna debe hacer esfuerzos para salir de este estado provisional, que no constituye un estado científico definitivo, ni en medicina ni en las demás ciencias. El estado científico será en medicina más penoso y más largo de obtener, á causa de la complejidad de los fenómenos, pero el fin del médico sabio es convertir en su ciencia, como en todas las demás, lo indeterminado en determinado.» El mecanismo del nacimiento y del desarrollo de una ciencia es ese. Todavía se considera al médico como un artista, porque hay en medicina un enorme campo abandonado á la conjetura. Naturalmente, el novelista será con mayor motivo considerado como artista, puesto que se halla más engolfado aún en lo indeterminado. Si Claudio Bernard confiesa que la complejidad de los fenómenos impedirá por mucho tiempo el llevar á la medicina al estado científico, ¿qué ocurrirá con la novela experimental, donde los fenómenos son más complejos todavía? Pero esto no será obstáculo para que la novela entre en la vía científica y obedezca á la evolución general del siglo.

Claudio Bernard ha indicado también las evoluciones del espíritu humano. «El espíritu humano, dice en los diversos períodos de su evolución, ha pasado sucesivamente por el sentimiento, por la razón y por la experiencia. Primero el sentimiento sólo, imponiéndose á la razón, creó las verdades de la fe, es decir la teología. La razón y la filosofía se hicieron después dueñas del mundo y produjeron el escolasticismo. Por último, la experiencia, es decir, el estudio de los fenómenos naturales, enseñó al hombre que las verdades del mundo exterior no se encuentran formuladas *a priori*, ni en el sentimiento, ni en la razón. Son únicamente nuestros guías indispensables; mas para obtener esas verdades, se necesita necesariamente descender á la realidad objetiva de las cosas, donde se encuentran ocultas bajo su forma fenomenal. Así apareció, por el progreso natural de las cosas, el método experimental que lo resume todo y que se apoya sucesivamente sobre las tres ramas de ese trípode inmutable; el sentimiento, la razón y la experiencia. En la investigación de la verdad, por medio de este método, tiene siempre el sentimiento la iniciativa, engendra

a priori la idea ó la institución; la razón desarrolla después la idea y deduce sus consecuencias lógicas. Pero si el sentimiento debe estar iluminado por las luces de la razón, la razón á su vez debe dejarse guiar por la experiencia.»

He copiado toda esta página, porque la considero de la mayor importancia. Explica claramente la parte personal que tiene el novelista en la novela experimental, aparte de la cuestión del estilo. Desde el momento en que el sentimiento es el punto de partida del método experimental, en que la razón viene después para verificar la experiencia y para ser comprobada por ella, el genio del experimentador lo domina todo; y esto es lo que hace que el método experimental, inerte en otras manos, se haya convertido en instrumento tan potente en las de Claudio Bernard. Acabo de decir lo esencial. El método no es más que un instrumento; es el obrero, es la idea que lleva lo que forma la obra maestra. Ya he citado estas líneas: «Un sentimiento particular, un *quid proprium* es lo que constituye la originalidad, la invención ó el genio de cada uno.» Esa es, pues, la parte debida al genio en la no-

vela experimental. Como dice Claudio Bernard: «La idea es el grano, el método es el terreno que proporciona las condiciones para el desarrollo y la prosperidad de la planta, que producirá mejores ó peores frutos, según sean esas condiciones.» Todo se reduce, pues, á una cuestión de método. Si se queda uno en la idea *a priori* y en el sentimiento, sin apoyarla sobre la razón y sin comprobarla por la experiencia, es uno poeta, arriesga uno hipótesis que nada prueban, permaneciendo penosamente en el indeterminismo, sin utilidad ninguna y con gran perjuicio á veces. Veamos estas líneas de la *Introducción*: «El hombre es naturalmente metafísico y orgulloso; ha podido creer que las creaciones ideales de su espíritu que correspondían á sus sentimientos, representaban también la realidad. De donde se deduce que el método experimental no es primitivo y natural en el hombre, que sólo después de haber errado mucho tiempo en las discusiones teológicas y escolásticas, ha terminado por reconocer la esterilidad de sus esfuerzos por este camino. El hombre se apercibió entonces de que no dicta leyes á la naturaleza, porque no posee el conocimiento ni el criterio de los objetos

exteriores; y comprendió que, para llegar á la verdad, debe, por el contrario, estudiar las leyes naturales y someter sus ideas, si no á la razón, á la experiencia, es decir, al criterio de los hechos.» ¿En qué se convierte, pues, el genio en el novelista experimentador? Sigue siendo el genio, la idea *a priori*, sólo que está comprobado por la experiencia. Naturalmente la experiencia no puede destruir el genio, sino que, por el contrario, lo confirma. Un poeta por ejemplo, ¿es necesario para que tenga genio, que su sentimiento, que su idea *a priori*, sean falsos? Evidentemente no, porque el genio de un hombre será tanto más grande cuanto mejor haya probado la experiencia, la verdad de su edad personal. Necesítase en verdad nuestra edad de lirismo, nuestra enfermedad romántica, para que haya podido medirse el genio de un hombre por la cantidad de tonterías y de locuras que haya puesto en circulación. Yo concluyo diciendo que en adelante, en nuestro siglo de ciencia, la experiencia debe ser la prueba del genio.

En eso estriba nuestra lucha con los escritores idealistas. Ellos parten siempre de una fuente irracional cualquiera, como una revela-

ción, una tradición ó una autoridad convencional. Como declara Claudio Bernard: «No hay que admitir nada oculto: sólo hay fenómenos y condiciones de fenómenos.» Nosotros, los escritores naturalistas, sometemos todos los hechos á la observación y á la experiencia, mientras que los escritores idealistas admiten influencias misteriosas que se escapan al análisis y permanecen en lo desconocido, fuera de las leyes de la naturaleza. Esta cuestión de lo ideal se reduce científicamente á la cuestión de lo indeterminado y de lo determinado. Todo lo que ignoramos, todo lo que se nos escapa aún es el ideal, y el fin que se propone nuestro esfuerzo humano es reducir continuamente el ideal y conquistar la verdad sobre lo desconocido. Todos somos idealistas si se entiende con esa palabra al que se ocupa de lo ideal. Pero yo llamo idealistas á los que buscan refugio en lo desconocido, por el placer que esto les causa, á los que no apetece más que las hipótesis más arriesgadas, á los que no quieren someterlas á la comprobación de la experiencia, bajo el pretexto de que la verdad está en ellos y no en las cosas. Esos, repito, hacen una obra inútil y perjudicial, mientras que el

observador y el experimentador son los únicos que trabajan para conseguir el poder y la felicidad del hombre, haciéndole poco á poco dueño de la naturaleza. No hay nobleza, ni dignidad, ni belleza, ni moralidad en la ignorancia, en la mentira, en pretender que consiste la grandeza en el error y en la confusión. Las únicas obras grandes y morales son las obras de la verdad.

Lo único que debe aceptarse es lo que llamaré el aguijón del ideal. Nuestra ciencia es indudablemente muy pequeña todavía al lado de lo muchísimo que ignoramos. Ese inmenso desconocido que nos rodea sólo debe inspirarnos el deseo de penetrarle, de explicarle por el método científico. No sólo los sabios deben hacerlo; todas las manifestaciones del entendimiento humano y todos nuestros esfuerzos se dirigen al mismo fin de hacernos dueños de la verdad. Es lo que Claudio Bernard expresa muy bien cuando escribe: «Todas las ciencias poseen, si no un método propio, al menos procedimientos especiales, y además, sirven recíprocamente de instrumento las unas á las otras. Las matemáticas sirven de instrumento á la física, á la química, á la biología, en di-

versos límites; la física y la química sirven de instrumentos poderosos á la fisiología y á la medicina. En ese mutuo socorro que se prestan las ciencias, hay que distinguir al sabio que las hace progresar, de aquel que se sirve de ellas. El físico y el químico no son matemáticos aunque empleen el cálculo; el fisiologista no es químico ni físico aunque haga uso de reactivos químicos ó de instrumentos de física, como tampoco son fisiólogos el químico y el físico aunque estudien la composición ó las propiedades de ciertos líquidos y los tejidos animales ó vegetales.» Tal es la contestación que da Claudio Bernard por nosotros, por los novelistas naturalistas, á los críticos que se han burlado de nuestras pretensiones científicas. No somos químicos, ni físicos, ni fisiologistas; somos simplemente novelistas que nos apoyamos sobre las ciencias. No pretendemos hacer descubrimientos en fisiología, que no practicamos; pero teniendo que estudiar al hombre, creemos de nuestro deber tener en cuenta las nuevas verdades fisiológicas. Añadiré que los novelistas son, indudablemente, los obreros que se apoyan á un tiempo sobre mayor número de ciencias, pues tratan de todo y todo lo

tienen que saber, porque la novela se ha convertido en una investigación general sobre la naturaleza y sobre el hombre. Veáse cómo hemos sido llevados á aplicar á nuestro trabajo el método experimental, en cuanto este método se ha convertido en el instrumento más poderoso de la investigación. Nosotros completamos la investigación, nos lanzamos á la conquista del ideal empleando todos los conocimientos humanos.

Entiéndase bien que hablo aquí sólo del *cómo* de las cosas y no del *por qué*. Para un sabio experimentador, el ideal que trata de reducir lo indeterminado no está nunca más que en el *cómo*. Deja á los filósofos el otro ideal, el del *por qué*, que no espera alcanzar jamás. Yo creo que los novelistas experimentadores no deben preocuparse por ese desconocido, si no quieren perderse en las locuras de los poetas y de los filósofos.

Es una tarea ya bastante extensa el tratar de conocer el mecanismo de la naturaleza sin preocuparse por el movimiento de origen de ese mecanismo. Si se llegase con el tiempo á conocerlo, será sin duda gracias á ese método, y lo mejor es empezar por el principio, por el

estudio de los fenómenos, en vez de esperar á que una revelación súbita nos procure el secreto del mundo. Somos obreros, y dejamos á los especuladores ese desconocido del *por qué* en que luchan inútilmente desde hace siglos para contentarnos con lo desconocido del *cómo*, que disminuye todos los días ante nuestras investigaciones. El único ideal que debe existir para nosotros, los novelistas experimentadores, es el que podemos conquistar.

Por otra parte, en la conquista lenta de ese desconocido que nos rodea, confesamos humildemente el estado de ignorancia en que nos encontramos. Empezamos á progresar, y eso basta: nuestra única fuerza verdadera está en el método. Claudio Bernard, después de haber confesado que la medicina experimental está en sus comienzos, deja en la práctica un ancho campo á la medicina empírica. «En el fondo, dice, el empirismo, es decir, la observación ó la experiencia fortuita, ha sido el origen de todas las ciencias. En las ciencias complejas de la humanidad, el empirismo gobierna necesariamente la práctica mucho más tiempo que en las ciencias simples.» Es muy fácil comprender que á la cabecera de un enfermo, cuan-

do no se ha encontrado el determinismo del fenómeno patológico, es preferible proceder empíricamente, lo cual, después de todo, es seguir la marcha natural de nuestros conocimientos, puesto que el empirismo precede fatalmente al estudio científico de un conocimiento. Indudablemente si los médicos se ven obligados á valerse del empirismo en casi todos los casos, nosotros lo necesitaremos con mayor razón, puesto que nuestra ciencia es más compleja y menos precisa. No se trata, vuelvo á decirlo, de crear la ciencia del hombre como individuo y como miembro social; trátase sólo de salir poco á poco, y con los tanteos necesarios, de la oscuridad en que nos encontramos sobre nuestro propio individuo, felices cuando en medio de tantos errores podemos fijar una verdad. Nosotros experimentamos, lo cual significa que tenemos que emplear aún lo falso para llegar á lo verdadero.

Tal es el sentimiento de los fuertes. Claudio Bernard combate duramente á los que sólo ven un artista en el médico. Conoce la objeción que hacen los que miran á la medicina experimental «como una concepción teórica que en nada justifica la realidad práctica,

CAPÍTULO I
BIBLIOTECA

porque ningún hecho demuestra que se pueda alcanzar en medicina la precisión científica de las ciencias experimentales». Pero en seguida demuestra que «la medicina experimental no es más que la consecuencia natural de la investigación médica práctica, dirigida por un espíritu científico». Y sigue la conclusión: «Sin duda estamos lejos de esa época en que la medicina sea científica; pero esto no nos impide que concibamos la posibilidad de esforzarnos para buscar desde hoy el medio de introducir en la medicina el método que nos conduzca á conseguirlo.»

Todo esto, no me cansaré de repetirlo, se aplica exactamente á la novela experimental. Sustituid por la palabra «novela» la palabra «medicina» y los párrafos serán verdaderos.

Yo dirijo á la joven generación literaria que ahora se forma estas grandes y enérgicas palabras de Claudio Bernard. No conozco otras más viriles: «La medicina está destinada á salir poco á poco del empirismo, y saldrá, lo mismo que las demás ciencias, por el método experimental. Esta convicción profunda sostiene y dirige mi vida científica. Yo no escucho á esos médicos que dicen que se les ex-

plique experimentalmente el sarampión y la escarlatina, y que creen con esto poseer un argumento contra el empleo del método experimental en medicina. Estas objeciones, que descorazonan con la negación, son hechas, en general, por espíritus sistemáticos ó perezosos, que prefieren dormir en las tinieblas en vez de trabajar y de hacer un esfuerzo para salir de ellas. La dirección experimental, aceptada hoy por la medicina, es definitiva. En efecto, el método experimental no depende de la influencia efímera de un sistema personal cualquiera; es el resultado de la misma evolución científica de la medicina. Estas son mis convicciones, y esto es lo que pretendo imbuir en el espíritu de los médicos jóvenes que siguen mis explicaciones en el Colegio de Francia. Es necesario inspirar, ante todo, á la juventud el espíritu científico, é iniciarlo en las tendencias de las ciencias modernas. Con frecuencia he escrito las mismas palabras y he dado los mismos consejos; los volveré á repetir: «El método experimental es el único que puede sacar á la novela de las mentiras y de los errores por que se arrastra. Toda mi vida literaria se ha inspirado en esta convicción.»

Yo no escucho la voz de los críticos que piden que formule las leyes sobre la herencia en las personas y sobre la influencia de los medios; los que me hacen esas objeciones negativas no me las dirigen más que por pereza de espíritu, por terquedad tradicional, por afición más ó menos consciente á creencias filosóficas y religiosas... La dirección experimental que toma la novela es hoy definitiva. En efecto, este hecho no depende de la efímera influencia de un sistema personal; es el resultado de la evolución científica, del estudio mismo del hombre. Estas son mis convicciones; esto es lo que yo quiero hacer comprender á los escritores jóvenes que me leen, porque creo que es necesario, ante todo, inspirarles el espíritu científico é iniciarlos en las nociones y tendencias de las ciencias modernas.»

V

Antes de concluir necesito ocuparme de algunos puntos secundarios.

Es necesario precisar, sobre todo, el carácter impersonal del método. Se ha censurado á Claudio Bernard el que pretendiera pasar por innovador, á cuya censura él ha respondido con su alto criterio: «No tengo la pretensión de ser el primero que se ha propuesto aplicar la fisiología á la medicina. Esto ha sido recomendado hace ya mucho tiempo, y las tentativas en este sentido han sido numerosas. En mis trabajos y en mis explicaciones del Colegio de Francia no he hecho otra cosa que perseguir una idea, que ya está produciendo excelentes resultados por la aplicación á la medicina.» Claudio Bernard respondió lo mismo que yo respondo á los que me acusan de que quiero constituirme en jefe de escuela. He dicho muchas veces que yo no traigo nada nuevo, que trato simplemente en mis novelas y en mi crítica de aplicar el método científico. Pero naturalmente se finge que no se me comprende, y se continúa hablando de mi vanidad y de mi ignorancia.

Lo que yo he repetido más de veinte veces es que el naturalismo no constituye una fantasía personal, sino que es el movimiento intelectual del siglo; Claudio Bernard lo ha dicho

también con más autoridad, y quizá á él se le crea. «La revolución, escribe, que el método experimental ha operado en las ciencias, consiste en haber sustituido con un criterio científico la simple autoridad personal. El carácter del método experimental es el de no salirse nunca de su propia esfera, porque encierra su propio criterio, que es la experiencia; no reconoce otra autoridad que la de los hechos y hace caso omiso de la autoridad personal.» Basta, pues, de teorías. «La idea debe ser siempre independiente; no debe encadenarse ni á las ciencias científicas, ni á las ciencias filosóficas ó religiosas. Tiene que ser libre en todas sus manifestaciones, perseguir su ideal y no detenerse en las contradicciones de las teorías. Es necesario modificar la teoría para adaptarla á la naturaleza y no la naturaleza para adaptarla á la teoría.» De aquí nace una amplitud incomparable. «El método experimental es el método científico que proclama la libertad del pensamiento. No sólo sacude el yugo filosófico y teológico, sino que también rechaza toda autoridad personal. No obedece esto al orgullo y á la jactancia; el experimentador, por el contrario, lleva á cabo un acto

de humildad negando la autoridad personal, porque esto viene á constituir una desconfianza de los propios conocimientos, sometiendo la autoridad humana á las leyes de la experiencia y de la naturaleza.»

Por todas estas razones, he dicho muchas veces que el naturalismo no es una escuela, que no se encarna ni en el genio de un hombre, ni en las fantasías de un grupo determinado, como, por ejemplo, el romanticismo, sino que consiste simplemente en la aplicación del método experimental, en el estudio de la naturaleza y el hombre. Desde entonces no hay otra cosa sino una vasta evolución, un progreso al cual todo el mundo contribuye en la medida de sus fuerzas. Todas las teorías son admitidas, y la teoría superior es aquella que explica mejor las cosas. No es posible que exista un sistema literario más científico, más amplio ni más recto.

Todos, grandes y pequeños, se mueven libremente; contribuyen á la investigación común, cada uno dentro de su especialidad, no reconociendo otra autoridad que la de los hechos probados por la experiencia. Por consiguiente, en el naturalismo no pue-

de haber ni innovadores ni jefes de escuela. Hay simplemente obreros más ó menos vigorosos.

Claudio Bernard expresa del siguiente modo la desconfianza con que deben acogerse ciertas teorías. «Es necesario tener una gran fe y no creer; me explicaré diciendo que es necesario, en cuestiones científicas, creer firmemente en los principios y dudar de las fórmulas: en efecto, por un lado estamos seguros de que el determinismo existe, pero nunca tenemos la certeza de poseerlo. Es necesario ser inquebrantable en lo que se refiere á los principios de la ciencia experimental (determinismo) y no creer absolutamente en las teorías.» Citaré también el párrafo siguiente, en el cual Claudio Bernard anuncia el fin de las teorías. «La medicina experimental no es un sistema nuevo de medicina; es, por el contrario, la negación de todos los sistemas. En efecto, el advenimiento de la medicina experimental dará por resultado la desaparición de todas las tendencias individuales dentro de la ciencia, para reemplazarlas por teorías impersonales y generales, que no serán más que una coordinación regular y razonada de los hechos proba-

dos por la experiencia.» Lo mismo sucederá en la novela experimental.

Si Claudio Bernard rechaza el dictado de innovador, de inventor que hace una teoría personal, insiste, sin embargo, muchas veces en el peligro que había para un sabio en inquietarse de los sistemas filosóficos. «Para el experimentador fisiologista, dice, no hay ni esperitualismo, ni materialismo. Estas palabras pertenecen á una filosofía natural que ha envejecido, y que por el mismo progreso de la ciencia ha caído en desuso. Nosotros no conocemos nunca ni el espíritu ni la materia, y si ésta fuera ocasión apropiada, demostraría fácilmente que de uno y otro lado se llega bien pronto á las negaciones científicas, de lo cual resulta que todas las consideraciones de este género son inútiles. Nuestra misión queda reducida á estudiar los fenómenos, á conocer las manifestaciones de sus condiciones materiales y á determinar las leyes de estas manifestaciones.» Yo he dicho que en la novela experimental lo mejor es atenernos á este punto de vista estrictamente científico si queremos basar sobre un terreno sólido nuestros estudios. No salir del *cómo*, no ceñirse al *por*

qué. Es, por lo tanto, cierto, que no siempre podemos librarnos de esta necesidad de nuestra inteligencia, de esta curiosidad inquieta que despierta en nosotros el deseo de conocer la ciencia de las cosas. Yo creo que es necesario aceptar el sistema filosófico que mejor se adapte al estado actual de las ciencias, pero simplemente bajo un punto de vista especulativo. El transformismo, por ejemplo, es actualmente el sistema más racional, el que más directamente se funda en el conocimiento que tenemos de la naturaleza. Detrás de una ciencia, detrás de cualquiera manifestación de la inteligencia humana, hay siempre, diga lo que quiera Claudio Bernard, un sistema filosófico más ó menos claro.

Se puede no seguirlo escrupulosamente y atenerse á los hechos, acabando por modificar el sistema si los hechos obligan á ello. Pero el sistema ni siquiera existe, ó existe tanto más cuanto la ciencia es menos avanzada y menos sólida. Para nosotros, novelistas experimentales, que balbuceamos aún, la hipótesis es fatal. Luego me ocuparé del papel de la hipótesis en la literatura.

Por otra parte, si Claudio Bernard rechaza,

en la aplicación, los sistemas filosóficos, reconoce la necesidad de la filosofía. «Bajo el punto de vista científico, la filosofía representa la inspiración eterna de la razón humana hacia el conocimiento de lo desconocido. Desde entonces los filósofos permanecen siempre en las cuestiones controvertidas y en las regiones elevadas de las ciencias. De ese modo comunican al pensamiento científico un movimiento que le vivifica y ennoblece; fortifican el espíritu desarrollándole por una gimnasia intelectual general, al mismo tiempo que le llevan sin cesar hacia la solución inextinguible de los grandes problemas. Así mantienen la sed de lo desconocido y el fuego sagrado de la investigación, que no deben apagarse nunca en el espíritu de un sabio.» Este trozo es hermoso, pero nunca se ha dicho á los filósofos con mejores maneras que sus hipótesis son pura poesía. Claudio Bernard considera evidentemente á los filósofos, entre los cuales confiesa que tiene muchos amigos, como unos músicos de genio, cuya música anima á los sabios en sus trabajos y los inspira el fuego sagrado de los grandes descubrimientos. En cuanto á los filósofos abandonados á sí mis-

mos, cantarán siempre sin encontrar nunca una verdad.

He descuidado la cuestión de la forma en el escritor naturalista, porque es ella precisamente la que caracteriza la literatura. El genio del escritor no se encuentra sólo en el sentimiento y en la idea *a priori*, sino que está también en la forma, en el estilo. Pero la cuestión del método y la cuestión de la retórica son diferentes. El naturalismo, repito, consiste únicamente en el método experimental, en la observación y en la experiencia aplicadas á la literatura.

La retórica no tiene, pues, nada que ver con esto. Fijemos el método que debe ser común y aceptemos después en las letras todas las retóricas que se produzcan; mirémoslas como las expresiones de los temperamentos literarios de los escritores.

Si he de decir mi opinión francamente, es que se da hoy una preponderancia exagerada á la forma. Tendría mucho que hablar sobre este punto, pero me saldría de los límites de este estudio. En el fondo considero que el método debe influir en la forma; que un lenguaje es una lógica, una construcción natural y

científica. No escribiré mejor el que se lance más desatinadamente en las hipótesis, sino el que camina derecho en medio de las verdades. Estamos en la actualidad podridos de lirismo y sabemos que el estilo elevado no obedece siempre á un pensamiento sublime, pero sí á veces próximo á rayar en locura; el verdadero estilo lo hace la lógica y la claridad. Por eso Claudio Bernard, que asigna á los filósofos un papel de músicos que tocan la *Marsellesa* de las hipótesis, mientras los sabios luchan por descubrir lo desconocido, se forja poco más ó menos la misma idea de los artistas y de los escritores. Yo he notado que muchos sabios, y de los más celosos por conservar la certeza científica que han adquirido, quieren encerrar la literatura en lo ideal. Ellos mismos parece que sienten la necesidad de una recreación engañosa después de sus trabajos exactos, y se complacen en las hipótesis más arriesgadas, en las ficciones que reconocen como falsas y ridículas. Es una música que les agrada oír. Ha tenido razón Claudio Bernard en decir: «Las producciones literarias y artísticas no envejecen jamás, en el sentido de que son expresiones de sentimientos inmu-

tables como la naturaleza humana » En efecto, la forma basta para inmortalizar una obra: el espectáculo de una individualidad potente, interpretando la naturaleza con un lenguaje sublime, será de interés para todas las edades; pero se leerá siempre también á un sabio, porque el espectáculo de un sabio que ha escrito es de tanto interés como el del gran poeta. Ese sabio habrá podido equivocarse en una hipótesis; quedará, sin embargo, á la misma altura que el poeta, que con seguridad se ha equivocado también. Lo que hay que decir es que nuestro dominio no está hecho únicamente por los sentimientos inmutables como la naturaleza humana, pues nos queda después el poner en movimiento el verdadero mecanismo de esos sentimientos. No hemos agotado nuestra materia cuando hemos pintado la cólera, la avaricia, el amor; toda la naturaleza y todo el hombre nos pertenecen, no sólo en sus fenómenos, sino en las causas de esos fenómenos. Sé muy bien que este es un campo inmenso en el que han querido cerrarnos la entrada, pero hemos roto las barreras y triunfamos actualmente. Por eso no acepto las siguientes palabras de Claudio Bernard:

«Para las artes y las letras, la personalidad lo domina todo. En ellas se trata de una creación espontánea del espíritu, y esto ya no tiene nada de común con la observación de los fenómenos naturales, en los que nuestro espíritu nada puede crear.» Aquí sorprende á uno de nuestros más eminentes sabios en la necesidad que sintió de negar á las letras la entrada en el dominio científico. No sé á qué letras se refiere cuando define una obra literaria: «Una creación espontánea del espíritu que no tiene nada de común con la observación de los fenómenos naturales.» Sin duda piensa en la poesía lírica, porque no hubiera escrito esa frase pensando en la novela experimental, en las obras de Balzac y de Stendhal. Yo sólo puedo repetir lo que ya he dicho: si la forma y el estilo lo dejamos de lado, el novelista experimentador no es más que un sabio especial que emplea el instrumento de los otros sabios, la observación y el análisis. Nuestro dominio es el mismo que el del fisiólogo, si no es más vasto. Operamos como él sobre el hombre, pues todo hace creer, y Claudio Bernard lo reconoce también, que los fenómenos cerebrales pueden estar determi-

nados como los otros fenómenos. Verdad es que Claudio Bernard puede decirnos que navegamos en plena hipótesis; pero no sería justo deducir por eso que no llegaremos nunca á la verdad, pues él ha luchado toda su vida para convertir la medicina en ciencia, cuando casi todos sus compañeros la consideraban como arte.

Definamos ahora con claridad al novelista experimentador. Claudio Bernard da del artista la siguiente definición: «¿Qué es un artista? Es un hombre que realiza en una obra de arte una idea ó un sentimiento personal.» Yo rechazo en absoluto esta definición. En el caso de que representase un hombre que anduviese con la cabeza abajo, ¿habría hecho una obra de arte, si ese era mi sentimiento personal? Sería un loco y nada más. Hay, pues, que añadir que el sentimiento personal del artista queda sometido á la comprobación de la verdad. Así llegamos á la hipótesis. El artista parte del mismo punto que el sabio; se coloca ante la naturaleza, tiene una idea *a priori*, y trabaja ajustándose á esa idea. Sólo se separa del sabio si lleva su idea hasta su fin, sin comprobar su exactitud por la obser-

vación y por la experiencia. Podría llamarse artistas experimentadores á los que usasen de la experiencia, pero entonces se diría que ya no son artistas desde el momento en que se considera el arte como la mayor cantidad de error personal que el artista pone en su estudio de la naturaleza. Yo he observado que la personalidad del escritor no puede estar más que en la idea *a priori* y en la forma. No puede hallarse en la acumulación de falsedades. Admito también que esté en la hipótesis, pero esto habría que explicarlo.

Se ha dicho con frecuencia que los escritores debían preparar el camino á los sabios. Esto es cierto, porque acabamos de ver en la *Introducción* que la hipótesis y el empirismo preceden y preparan el estado científico, que se establece en último término por el método experimental. El hombre ha empezado por arriesgar ciertas explicaciones de los fenómenos, los poetas han expresado su sentimiento y los sabios han venido después para comprobar las hipótesis y fijar la verdad. Siempre asigna Claudio Bernard á los filósofos el mismo papel. Es un papel importante, y los escritores tienen hoy todavía el deber de llenarle. Sólo que todas las

veces que una verdad se ha fijado por los sabios, los escritores deben abandonar inmediatamente su hipótesis para adoptar esa verdad; de otro modo se quedarían á conciencia en el error, sin que de esto sacase nadie beneficio. De este modo la ciencia, á medida que adelanta, nos procura á los escritores un terreno sólido, sobre el cual debemos apoyarnos, para lanzarnos á nuevas hipótesis. En una palabra, todo fenómeno determinado destruye la hipótesis que reemplaza, y hay que transportar entonces más allá la hipótesis á un nuevo desconocido que se presenta. Citaré un ejemplo muy sencillo para aclarar mi pensamiento: está demostrado que la tierra da vueltas alrededor del sol: ¿qué se pensaría de un poeta que adoptase la antigua opinión, del sol dando vueltas alrededor de la tierra? Evidentemente si el poeta quiere arriesgar una explicación personal de un hecho, deberá escogerlo tal, que la causa sea desconocida. Eso es lo que debe ser la hipótesis para nosotros, los novelistas experimentadores; tenemos que aceptar estrictamente los hechos determinados, no aventurar sobre ellos sentimientos personales, que serían ridículos, apoyarnos sobre el terreno

conquistado por la ciencia, mientras podamos, y sólo ante lo desconocido ejercitar nuestra intuición y preceder á la ciencia, exponiéndonos á engañarnos á veces, felices si aportamos documentos para la solución de los problemas. No quiero salirme del programa práctico de Claudio Bernard, que se ve forzado á aceptar el empirismo como un tanteo necesario. En nuestra novela experimental, podremos, pues, arriesgar hipótesis sobre las cuestiones de herencia y sobre el influjo de los medios, después de haber respetado todo lo que la ciencia sabe hoy sobre la materia. Preparamos las vías, procuramos hechos de observación, documentos humanos que podrán ser útiles. Un gran poeta lírico decía últimamente que nuestro siglo era el siglo de los profetas. Es verdad, si se quiere; sólo que debe entenderse que los profetas no se apoyarán ni sobre lo irracional, ni sobre lo sobrenatural. Si los profetas, como ocurre á veces, necesitan poner en duda las nociones más elementales, acomodar la naturaleza á un orden filosófico y religioso extraño, ocuparse del hombre metafísico, confundirlo y embrollarlo todo, los profetas, á pesar de su genio retórico, serán siem-

pre unos ignorantes tremendos, que no sabrán que se moja uno cuando se mete en el agua. En nuestros tiempos de ciencia, es delicada misión la de profetizar, porque ya no se creen las verdades reveladas, y para prever lo desconocido hay que empezar por conocer lo conocido.

Yo quería llegar á esta conclusión: si defino la novela experimental, no diré, como Claudio Bernard, que la obra literaria está toda entera en el sentimiento personal, porque, para mí, el sentimiento personal no es más que la impulsión primera. Después es la naturaleza la que se impone, ó por lo menos aquella parte de la naturaleza que la ciencia domina, y sobre la cual no tenemos derecho de mentir. El novelista experimentador es, pues, el que acepta los hechos probados, que presenta en el hombre y en la sociedad el mecanismo de los fenómenos, de que la ciencia es ya dueña, y que no hace intervenir su sentimiento personal más que en los fenómenos cuyo determinismo no está todavía fijado, tratando de comprobar, cuanto le sea posible, el sentimiento personal, esa idea *a priori*, por la observación y por la experiencia.

Yo no podría comprender de otro modo nuestra literatura naturalista. No he hablado más que de la novela experimental; pero estoy firmemente convencido de que el método, después de haber triunfado en la historia y en la crítica, triunfará en todo, en el teatro y hasta en la poesía. Es una evolución fatal. La literatura, por más que se diga, no está toda en el obrero; está también en la naturaleza que pinta, y en el hombre que estudia. Si los sabios cambian las nociones de la naturaleza, si encuentran el verdadero mecanismo de la vida, nos fuerzan á seguirlos, á adelantarnos, para cumplir nuestra misión en las nuevas hipótesis. El hombre metafísico ha muerto, todo nuestro terreno se transforma con el hombre fisiológico. Sin duda la cólera de Aquiles, el amor de Dido, seguirán siendo pinturas eternamente bellas; pero ocurre ahora que necesitamos analizar la cólera y el amor y ver con exactitud cómo funcionan esas pasiones en el ser humano. El punto de vista es nuevo, se hace experimental en lugar de ser filosófico. En suma, todo se reduce á este hecho notable: el método experimental, lo mismo en las letras que en las ciencias, está tratando de de-

terminar los fenómenos naturales, individuales y sociales, de los cuales la metafísica no había dado, hasta la fecha, más que explicaciones irracionales y sobrenaturales.

DE LA NOVELA

El sentido de lo real.

El mejor elogio que en otro tiempo se podía hacer de un novelista era decir: «Tiene imaginación.» Hoy día este elogio puede casi considerarse como una censura. Es que todas las condiciones de la novela han cambiado. La imaginación no es ya la mejor cualidad del novelista.

Alejandro Dumas y Eugenio Sué tenían imaginación. En *Nuestra Señora de París*, Víctor Hugo ha inventado los personajes y ha hecho una fábula de gran interés; en *Mauprat*, Jorge Sand ha sabido apasionar á toda una generación con los amores imaginarios de sus héroes. Nadie, sin embargo, menciona la imaginación al tratar de Balzac y Sthendal. Se